

# EL RINCÓN DE VÍKTOR

## EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Martes, 03 de Febrero de 2009



### TRIGESIMOPRIMER CAPÍTULO. EL ABOELO MARCOS.

La vida se nos presenta en incontables ocasiones de una forma en la que ni nosotros mismos podemos llegarla a comprender. Y es que la vida tiene esa forma tan poliédrica que la hace ser tan especial. Por mucho que reflexionamos acerca del sentido de la misma, de nuestras vivencias, de nuestra suerte durante este largo y a veces pesado camino, no podemos encontrar nunca una respuesta. O al menos, una respuesta definitiva. Posiblemente, la vida haya sido concedida, otorgada, como si de una macabra burla se tratara, para que quienes la vivimos nos empeñemos en buscarle un sentido, ya sea terrenal, ya sea espiritual. Y puede, solo puede, que la respuesta no la encontremos en ninguna de las dos partes, es decir, que no esté ni en la vida terrenal, ni tampoco en una vida postrera. Todo esto no es aclaratorio de nada, es más, pretendo sembrar aún más confusión, si es que alguien no está ya suficientemente confundido. Y todo ello viene a colación, a modo de presentación e introducción de una de las historias de misterio que más me ha sobrecogido. Les advierto ya, que, a no ser que realmente sean unos insensibles y la lectura no les aporte nada, este relato seguramente les hará recapacitar sobre lo que realmente puede ser el sentido de la vida. Si no es así, lamento reconocer que no habré cumplido con mi intención. Pero al menos, espero que si lo leen, no se aburran. Y como siempre, esta historia tiene un sustrato real.

Marcos ha cumplido este año sus setenta y ocho primaveras. Como todos los días, toma un buen tazón de leche con sus correspondientes magdalenas bien empapadas, y su ensaimada rellena de chocolate. A pesar de que su dentadura lo fue abandonando poco a poco, como quien escapa a hurtadillas y no quiere ser descubierto, Marcos rume las almendras y castañas que toma habitualmente antes de iniciar su paseo hasta la plaza de toros, y regresar a la hora de comer. Aunque todos lo saben, y él no lo quiere reconocer, Marcos está enamorado de su nieta de seis años, Marina. Y durante sus paseos matinales, a Marcos solo le ronda por su mente las imágenes de su nieta Marina. *Es la viva imagen de mi madre* -repite continuamente en su pensamiento mientras pasea.

Durante su infancia, que no fue precisamente feliz, Marcos aprendió a bailar las sevillanas, las rumbas y los fandangos, aprendió a tocar la guitarra española, y a canturrear algo de flamenco. Era el legado que su abuelo Blas y su madre Luisa le habían dejado. Pero Marcos sufrió una fuerte caída mientras montaba en el borriquillo con el que vendía piedras de cal para ganarse la vida, cuando apenas contaba con dieciséis años. Desde entonces, dos de sus vértebras lumbares se han empeñado periódicamente, en recordarle aquella caída. Y él siempre se lo recuerda a sus familiares: *Me hubiera gustado poder bailar más tiempo todo lo que aprendí, pero la espalda me lo impide*. En su voz se reflejaba el eterno lamento de quien posee unos conocimientos que nunca los podrá aplicar. Pero Marcos encontrará, tiempo después, un consuelo a su disgusto.

Marina es una niña muy aplicada. A pesar de sus seis años de edad, Marina refleja una gracia típica de quien lleva sangre andaluza por sus cuatro costados. Es muy cautivadora esa sonrisa que parece no querer abandonar su rostro rasado. Unos profundos ojos negros, embrujadores, escrutan conforme a una niña de su edad, todo lo que a su alrededor pueden percibir. Marina es muy observadora, y ese es el secreto de su adelanto intelectual con respecto a otros chicos de su edad. Su abuelo Marcos, que acude a diario a visitarla al colegio aprovechando que se encuentra de camino a la plaza de toros, se ha empeñado en llevarla a clases de bailes andaluces por las tardes. No quiere que su nieta favorita, de quien está enamorado por completo, pierda la maravillosa oportunidad de conocer el folklore y los bailes que a él le hubiera gustado enseñarle.

Las tardes de Marcos, por tanto, se reparten entre la siesta andaluza que termina a eso de las cuatro en punto, la partida con los amigos del hogar del jubilado, y después recoger a Marina para llevarla a la academia de baile. Mientras transcurren los noventa minutos aproximados de la clase, Marcos pasea hasta la vieja estación de tren, o si el tiempo no acompaña, pasa al bar de su amigo Quique y toma algunas cañas esperando que llegue la hora de recoger a su nieta. Esta es la rutina diaria de Marcos, exceptuando los fines de semana. A pesar de los achaques de la edad, y de que su espalda ya no solo duele sino que daña, Marcos se aferra a la vida. Hace muchos años que no la disfruta tanto. Y no puede evitar emocionarse cuando Marina le recuerda al llegar a casa, uno a uno, los pasos que esa tarde ha aprendido en la academia. Marcos la mira complacido mientras descansa en un sillón de mimbre, y al finalizar Marina, le aplaude a rabiar. Después, la premia con una enorme chocolatina de las que tanto le gustan a Marina.

Sin embargo, una de esas tardes, la rutina se iba a truncar. Aunque no de la forma en que comúnmente se pudiera pensar. Y es que la vida, que realmente se empeña en hacerse misteriosa, tiene ese lado tan impresionante, tan apasionante, y sobre todo, tan sobrenatural. Y por eso creo que es colosal todo esto que ahora mismo estamos experimentando, aunque solo sea aburrimiento al leer estas miserables letras. Como contaba, una tarde ocurrió la tragedia. Marcos llevó a Marina a su clase diaria de baile. Después, como hacía un buen día, decidió dar un largo paseo, aunque no hasta la estación, pues los pies los tenía hinchados. Fue mientras cruzaba un paso de cebra. Un camión cisterna de propano dio marcha atrás y lo arrolló. Cuando el conductor pudo darse cuenta, Marcos yacía entre las ruedas traseras de la cisterna. Aquello que se identificó no era más que el cuerpo inerte, con la cabeza vacía, de un triste anciano. Y minutos después, el perito decidió trasladar el cadáver al tanatorio para realizar una autopsia, a todas vistas innecesaria, y proceder a las labores de identificación.

Pero esa misma tarde, justo unos minutos después de que la tragedia se produjera, Marina apretó la mano que todas las tardes sentía sobre sus yemas y comenzó el camino de vuelta a casa. Conversaba con quien todas las tardes lo hacía. Recibía las caricias y los cariños que todos los días surtía quien se había empeñado en que aprendiera a bailar. En el camino de vuelta, pudo ver un bulto cubierto por un plástico negro en un paso de cebra. Y cómo un empleado de la compañía del gas lloraba abrumado sentado sobre el bordillo. Como todas las tardes, le abrió la puerta de casa, y Marina entró corriendo a ver a su madre. Pero cuando quiso volver hacia su abuelo, él ya no estaba allí. Cuando volvió hacia la puerta, solo pudo encontrar las llaves que Marcos llevaba en sus bolsillos todos los días. Pero nada más.

El teléfono cayó con gran estruendo cuando minutos después, Alba, la madre de Marina, recibió la noticia de que su padre Marcos había sido arrollado por un camión. La familia quedó apesadumbrada. Y a Marina no quisieron decirle absolutamente nada de lo ocurrido. Sin embargo, cuando el informe forense lanzó el dato de la hora de la muerte de Marcos, había algo que no encajaba del todo. Marcos había muerto unos veinte minutos antes de que concluyera la clase de Marina. Pero Marina había llegado a casa. Y las llaves de Marcos habían sido encontradas en la cerradura de casa. A la pregunta de quién la había traído a casa desde la academia, Marina solo respondía: *"El yayo, ha sido el yayo."* La familia prefirió olvidar todo y dar cristiana sepultura al cuerpo de Marcos, o lo que buenamente quedaba de él.

Pasaron algunas semanas, pero Marina repetía que *"el yayo me trajo"*. La familia cayó en la cuenta de que Marina no se sorprendía por no ver más a Marcos. Aunque ya no la llevase ni la trajese de la academia como sucedía todas las tardes. Sin embargo, comprobaron que Marina estaba convencida de que su yayo todavía seguía con ella, que lo veía y hablaba con él. Pensaron en llevarla a un psicólogo, pero un día, en una de esas tardes en las que Marina llegaba de la academia y presumía de los pasos que había aprendido, su madre, su padre, dos de sus tías y su primo de catorce años quedaron estupefactos. Como siempre, Marina bailó delante del sillón de mimbre donde Marcos descansaba tras sus largos y fatigosos paseos. Cuando terminó de bailar... quedaron estupefactos. Y es que, cuando concluyó los últimos pasos, un enorme y estruendoso aplauso se escuchó a lo largo del pasillo. Parecía proceder del mismísimo sillón de mimbre, y por la forma con que sonaban, solo podían ser de una persona: el ya difunto abuelo Marcos.

Gracias por leer mis relatos de misterio. Un abrazo a todos, de Viktor.